

— III —

«EL PROCESO CATEQUETICO»

Comentario al cap. V del documento episcopal  
«La catequesis de la comunidad»

ANTONIO APARISI

A efectos de nuestro comentario distinguimos *tres partes* diferenciadas en el cap. V:

- Primera: título 1, nn. 205-16.
- Segunda: título 1, nn. 217-20, y título 2, nn. 221-29.
- Tercera: nn. 230-35, y título 3 (nn. 236-52).

Centramos el estudio en las dos primeras partes, a nuestro juicio de valor muy desigual.

PRIMERA PARTE DEL COMENTARIO: Tít. 1 (nn. 205 al 216):  
«LA PEDAGOGIA CATEQUETICA  
SE INSPIRA EN LA PEDAGOGIA DIVINA»

Nos encontramos ante un cambio de visión de carácter excepcional en la descripción de la catequesis y, en particular, del acto de catequesis, al que —por fin— se le otorga la consideración que merece en el discurso catequético-teológico.

El lenguaje del documento es intuitivo, experimental (vivencial) y —sobre todo— cálido, informando una concepción del quehacer catequético que se despega rotundamente de las categorías magisteriales y propedéuticas («formar al cristiano para su futuro de fe») que siguen dominando en la práctica y en la teoría de la catequesis española. Por fin la catequesis puede ser una experiencia típicamente cristiana.

El comienzo del capítulo establece el principio fundamental de toda la

acción catequética: la pedagogía de la catequesis no puede ser otra cosa que una realización de la pedagogía de Dios en el acontecimiento de la Revelación (n. 205-6).

Se trata de abrir el panorama de esta contemplación.

— A —

La primera dimensión de la pedagogía divina es su carácter de don. El don no se impone, se otorga y —así experimentado— se recibe en libertad y con gratitud. La catequesis debe fecundar, ante todo, esta experiencia religiosa.

Sintetizamos e interpretamos así estos números del documento. Se trata de una aportación nueva y feliz del magisterio eclesial al conjunto de los planteamientos de la pedagogía catequética general o fundamental.

Nos permitimos las siguientes consideraciones:

a) El nombre «pedagogía del don» es acertado, y la descripción que se hace es honda, sugerente y entusiasta, desarrollándose según un discurso perfectamente coherente. Esquematizamos esta visión en orden a una más fácil lectura.

b) La catequesis se concibe como un acto de *experiencia genuina cristiana*, irreductible a cualquier otra experiencia (como podría ser la experiencia de sentirse adoctrinado, objeto de un adoctrinamiento dogmático o moral —considérense las categorías que dominan en la «guerra de los catecismos» de septiembre de 1983 en las partes contendientes).

La experiencia genuina cristiana es *una experiencia de encuentro con la transcendencia bondadosa y estimulante del Dios de Jesús, sentida como don*. Encuentro inefable y, sin embargo, suficientemente tangible o discernible.

La catequesis se debe a esta experiencia ante todo y sobre todo. Toda su dinámica interna se refiere a este encuentro.

c) Lo característico de esta experiencia de encuentro con Dios es que no se produce de forma vertical y directa —«ya»—, sino que su «percepción» es fruto de una serie de percepciones parciales convergentes arbitradas por una *pedagogía religiosa* de entidad cristiana.

La práctica justa de esta pedagogía religiosa resulta fundamental para situar en la experiencia catequética central:

c. 1) El primer proceso experimental básico de la acción catequética incluye *dos experiencias religiosas fundamentales*, abiertas de inmediato a la contemplación del Dios de Jesús:

— la experiencia del «oír» con unción, del hacer sensible el alma; es «el silencio de un clima religioso», orante (208), y, a la vez,

— la experiencia de descubrir un «camino» salvador, liberador, para la propia y personal existencia, venga de donde venga esta «feliz oferta» (con la que se va a calificar de inmediato la catequesis) (210).

c. 2) El segundo proceso también básico, que consagra ya la catequesis como acto religioso cristiano, acto fontal del devenir creyente, incluye también *dos experiencias claves*:

— la experiencia del anuncio real del amor de Dios sobre sí: de ser querido por Dios en la propia comunidad:

- . de ser amado (207),
- . de ser interpelado como individuo y como persona (207),
- . de ser perdonado (211),
- . de ser liberado y estimulado en la trama del existir (211); y, a la vez,

— la experiencia de sentirse hondamente agradecido: la irrupción interior del estado de «acción de gracias» (209).

Al filo de este proceso de pedagogía religioso-cristiana ocurren dos cosas:

— primera, que el catecúmeno se siente *sorprendido* por Dios (212), gratamente inmerso en la novedad de Dios; y,

— segunda, que descubre al Dios de Jesús a sí y junto a su grupo, como puro don y gracia (fuerza divina).

Es decir, *está* en el encuentro de la transcendencia bondadosa y estimulante del Dios de Jesús, sentido como don y portador —se sobreentiende aquí— de mensajes existenciales de enorme categoría de pensamiento y conocimiento (aún cuando sobre este particular se haya tenido el acierto de no decir nada).

d) Planteada así la catequesis es evidente que lo esencial del proceso catequético, según el documento, es arbitrar la mediación de esta experiencia genuina cristiana, lo que no puede realizarse si no es con una tensión de *discernimiento del Espíritu*. Tensión que es considerada como constitutiva de la pedagogía catequética (212).

Repitamos que todo este planteamiento nos parece un gran acierto de lenguaje y de oportunidad histórica. Aunque a la luz del posterior desarrollo del capítulo dudamos que sea suficientemente valorado y acogido.

— B —

La segunda dimensión que se contempla en la pedagogía divina es su exigencia inherente de asumir la *historicidad del hombre*.

Esta expresión nos parece correcta e importante, pero echamos ya en falta el empleo de la denominación teológico pastoral justa y adecuada a estas perspectivas en el lenguaje de la Salvación: la «encarnación», condición de fondo asumida por Dios en todo su quehacer histórico. Resulta extraño que el documento no emplee esta palabra a lo largo del capítulo.

No obstante e independientemente de esa observación, el texto delinea con gran acierto las características y exigencias de lo que efectivamente puede llamarse una «pedagogía de la encarnación» en la catequesis:

a) pedagogía del encuentro con el hombre en su situación real, personal e individual histórica (213);

b) pedagogía de la perfecta correlación entre la acción —presencia— divina y la vida real cotidiana (aún cuando haya que señalar notables lagunas respecto a la señalización concreta de esa praxis) (215);

c) pedagogía, por tanto, del proceso personal y original de la fe, conforme a la propia fisonomía de fe (214); concepto éste de enorme importancia para el planteamiento justo de las progresiones catecumenales, sancionando —al fin— la vieja intuición de René Voëtzel (la «progresión espiral») y el concepto mismo de «fisonomía cristiana diferencial»;

d) pedagogía de un progreso o maduración personal en la fe desde la sucesiva conversión (214); y, en fin,

e) pedagogía de la creatividad en la fe y en la Palabra por parte del hombre; afirmación también nueva y excepcional (que apenas tiene nada que ver con la cita que se aduce del DCG, n. 75, en donde se habla sencillamente de «activismo» sin más alcance que el propedéutico metodológico —«para mejor asimilar»— (216).

Abrazamos, pues, con gusto, la totalidad de principios que se establecen en estos números del documento, aún señalando que requieren un detenido desarrollo para deducir las consecuencias operativas que pueden y deben significar cambios revolucionarios en la práctica de la catequesis.

Hasta aquí el estudio —de valoración muy positiva— de lo que hemos llamado primera parte del capítulo.

**SEGUNDA PARTE DEL COMENTARIO: Tít. 1 (nn. 217 al 220) y Tít. 2 (nn. 221 al 229): SOBRE EL «CARACTER TRANSCENDENTE DEL MISTERIO DE DIOS» Y SOBRE «EL ACTO CATEQUETICO»**

Son varios los errores de bulto que acusamos entre los nn. 217 y 229 del documento, aún cuando la estructura en que se sitúan sea aceptable.

Errores de contenido y de forma, a nuestro juicio, que conviene señalar con toda libertad y sin preámbulos.

— A —

Se afirma en el subtítulo c) (p. 111) que una tercera dimensión de la pedagogía divina es «el carácter transcendente del misterio de Dios y de la salvación», lo cual confiere a la pedagogía catequética la condición de ser «pedagogía de signos».

La primera parte de esta afirmación es indiscutible y adecuada al esquema que viene siguiéndose. A ese presupuesto seguiría lógicamente la indicación (por vía de sugerencia o de deducción teológica) de que «el lenguaje previsible de Dios, ante la transcendencia de su misterio, debe ser el lenguaje de la sorpresa salvífica, de la gratuidad que irrumpe decisivamente, el lenguaje de las «mirabilia Dei», es decir al lenguaje de los signos de Dios». Y que, desde la misma lógica, la pedagogía catequética (que pretende llevar al encuentro de la transcendencia de Dios) no puede ser otra cosa que una pedagogía de los signos de Dios, una pedagogía del acontecer actual de Dios en cuanto signo divino.

Sin embargo, el enunciado que nos ocupa cambia inesperadamente de categoría y de perspectiva, y concluye (olvidándose de la contemplación del hacer de Dios aquí) pidiendo simplemente *al quehacer catequético* que sea intuitivo y claro... Porque (a la luz de lo que sigue y de las omisiones que se acusan) no parece ser otro el contenido que se da la expresión «pedagogía de signos» (vid. nn. 217 a 219).

Sobre el tema en cuestión nos permitimos, pues, hacer las siguientes observaciones:

1ª) El concepto de Signo de Dios no existe (al menos con la mínima claridad) en este capítulo del documento. En ningún momento la idea de «signo» queda aquí vinculada a la de acción divina ni al carácter inherente a la acción divina histórica. Y en este sentido el documento nos parece muy por detrás de los directorios catequéticos de Francia, Italia o Estados Unidos, por ejemplo (\*).

2ª) Se consagra una confusión ya clásica en el mundo de catequistas y teólogos: la confusión entre símbolo y signo, que inexplicablemente se identifican en el n. 217.

(\*) *Directoire de Pastorale Catéchèse des Ds. de France*, nn. 9 y 10 (1965) (E. Desclée, de Bilbao); *Il rinnovamento della catechesi*, Conf. Ep. Italiana (Roma 1970) nn. 15, 102, 175; *Sharing the light of faith. National Catechetical Directory for Catholics of the U.S.* (Ed. Catholic Conf. Washington, 1978) nn. 41, 42, 43, 44, 56.

El «signo» se sitúa, en concreto, en el terreno de la inteligibilidad del lenguaje, llevándonos —de entrada— al problema de la desconexión entre el lenguaje eclesial y el lenguaje del mundo de hoy; problema que nos resulta extraño o prematuro en este momento del discurso y que, desde luego, nos conduce a las antípodas de la experiencia de los signos de Dios (que precisamente llevan en su entraña la sorprendente capacidad de interpelar a los hombres de todos los tiempos, por poco que ese encuentro se ofrezca en los momentos oportunos de la vida humana).

3ª) Por otra parte, el «signo» es aquí reducido al concepto de «hecho», hecho concreto y en cuanto concreto (al margen de su heterogeneidad —número 219—) capaz de desarrollar un método inductivo, que es, en realidad de lo que se está hablando (n. 218), perdida ya toda dimensión teológica o teologal del concepto en cuestión.

4ª) Desde esta consideración la pedagogía que se sugiere cuando se trata de hechos salvíficos (que, evidentemente, se incluyen dentro de la categoría del «hecho») consiste en que estos hechos sean «considerados y examinados atentamente para descubrir el significado que pueden tener» (218)... Lo que resulta exactamente contrario a una pedagogía del Signo de Dios; pedagogía que consiste en mantener el respeto a la fuerza y a la elocuencia misma del Signo, del Espíritu en esa acción de Dios (que, si es significativa, no requiere excesivo artificio humano para hacerla patente). La pedagogía del Signo de Dios no es otra —ante todo y sobre todo— que la pedagogía del silencio del hombre, y la del dejar hablar al acontecimiento, permitiendo su contemplación, su admiración y su irrupción en el corazón del individuo y del grupo, dentro de una actitud de escucha y de discernimiento (reconocida muy bien en números anteriores del capítulo).

Estas confusiones y lagunas nos parecen de enorme gravedad para el porvenir de la pedagogía catequística; pedagogía que es, a nuestro juicio, la cita decisiva e insatisfecha que tiene aún pendiente el movimiento catequético español, tan enriquecido en otros planteamientos teológicos por el mismo documento que comentamos.

— B —

A partir de la ausencia que acabamos de señalar el planteamiento de los elementos del acto catequético (título 2) queda, para nosotros, dolorosamente empobrecido, aún reconociendo los valores que importa.

B. 1, Sobre el concepto de «experiencia».

En conjunto, la presentación del tema «experiencia» con amplitud y detenimiento, en un documento de esta índole es ya un valor positivo indu-

dable, sobre todo si se coteja dentro de la historia de la documentación catequética emanada del Magisterio. Los análisis que se desarrollan son también de valor.

Echamos en falta sólo la penosa reiteración de los términos que no evolucionan hacia mayor claridad y profundidad. ¿No sería ya indicado sobrepasar la expresión «experiencia» dentro del discurso —y de la práctica!— catequética, expresión feliz por los años de Medellín pero muy aquejada de insuficiencias y ambigüedades incluso de orden semántico y filosófico?

El elemento en cuestión que tratan los nn. 222 a 225, en virtud de la fidelidad al «principio de encarnación» (que es su fundamento y debiera así reconocerse) no es otra cosa que *la realidad íntegra del hombre*, íntegra y profunda (por honestidad radical de Dios), realidad que es o no es experimentada (no-experiencia) de partida. Y que, precisamente la acción divina —la Palabra— viene a hacer experimentar en hondura, hasta suscitar la «experiencia de ruptura interior y de necesidad de salvación». Y esto no como proceso metodológico («en función de»), sino *ya* como auténtica experiencia y acción divina de liberación. De forma que resulta bastante inapropiado hablar de «experiencia humana» y, después, de «Palabra que viene a salvar».

Esto dicho, señalamos el acierto de las cuestiones que plantea el documento y de las respuestas que se dan desde una antropología teológica que hará bien a los catequistas.

## B. 2, Sobre el subtítulo «Palabra de Dios».

El segundo elemento orgánico que aborda el documento, como integrante del acto catequético, es la Palabra de Dios (n. 223). Es normal que así sea. Señalamos sólo nuestro temor de que un tratamiento específico separado de «experiencia humana» y de «Palabra de Dios» contribuya a tipificar dos estadios de la experiencia catequética que —según hemos indicado— coexisten efectivamente estando absolutamente involucrados (sin perjuicio de la transcendencia divina, sino más bien como expresión del signo transcendente de la encarnación).

Aquí de nuevo acusamos la ausencia del concepto del «signo de Dios» que en su historicidad resuelve perfectamente la dialéctica, porque la textura del Signo divino y en la que se nos brinda su experiencia como la experiencia de la acción divina desbordante en el seno mismo de ese acontecer humano.

Y se acentúa más nuestro temor cuando el tipo de lenguaje que se emplea en los números que siguen parece acercarnos peligrosamente a una reiterada «objetivación» del concepto de Palabra divina, objetivación intelectual por más que se hable de «mensaje»..., haciendo evocar más un

hecho de impronta doctrinal que un hecho de simple —¡y portentosa!— presencia y venida. Es decir, no queda claro que a la expresión «Palabra de Dios» corresponda de manera primordial y normativa la intuición «Dios viene, Dios está, Dios hace». Y esto no es coherente con las afirmaciones de la primera parte del capítulo.

Este temor nuestro queda ampliamente fundado cuando en el n. 229 se comienza a hablar de «selección de textos bíblicos» (con lo cual no queremos decir que no proceda en algún momento hablar de una selección de textos bíblicos).

### B. 3, Sobre la presencia de la Biblia en la Catequesis.

Nos parece que el enfoque del tema «Palabra de Dios» con el que se inicia el subtítulo (228) determina de inmediato el tratamiento que recibe la Sagrada Escritura en el acto catequético.

Sentimos mucho que se hable, de partida, de «textos bíblicos» sin haber ofrecido antes una rotunda y clara pedagogía del hecho bíblico dentro de la perspectiva fontal del encuentro con el Señor «que viene, que está, que hace con nosotros» desde el tiempo y en el tiempo... Es correr demasiado el riesgo de volver a caer en lecturas simplistas; aceptables en parte en cuanto que se han verificado afinidades de situación existencial y en cuanto que revelan las cimas de la historia del pueblo de Dios; pero inaceptables en cuanto que nos dejan —como sustrato experiencial— la impresión de «estar usando» la Biblia (impresión que, de hecho, consta a lo largo de la lectura de los números del documento en estas páginas).

Esa lectura, por providencial que sea para hacer comprender y captar un mensaje saludable, no deja de ser una disminución grave del hecho bíblico y una reducción del texto a las categorías de un excepcional y oportunísimo texto literario venido de cualquier cultura.

Nosotros pensamos que la Biblia es algo entitativamente diferente en el acontecer catequético, que tiene una esencialidad distinta a la que se le viene otorgando en el discurso catequético (incluido el documento en cuestión), y que algún día este carácter deberá ser reconocido en la conciencia y en el corazón de quienes con indudable buenísima voluntad están elaborando el discurso teológico catequético.

En concreto, y por estas razones, nos permitimos las siguientes observaciones:

1ª) Hubiera sido de desear que el documento no comenzara a hablar de la Biblia sino de otros «Signos de Dios», los eclesiales, como elemento esencial y constitutivo del acto catequético (como hace, por ejemplo, el Directorio francés). O que, al menos hubiera desarrollado con amplitud y enjundia la afirmación que hace en el n. 228, «La catequesis es enseñar a

leer la Escritura con el corazón de la Iglesia», añadiendo necesariamente, «y desde el corazón de la Iglesia». Porque la primera manifestación significativa del «venir, del estar y del hacer de Dios» es la que lo muestra de manera tangible y efectiva hoy, en su Iglesia fiel, «visiblemente» llena del Espíritu, viviendo gozosamente del acontecer histórico que llamamos Biblia, continuándolo en su carne que es la nuestra. De manera que sin esta experiencia está vedado el acceso al camino de la Biblia que ahora vamos a esbozar.

2ª) La Biblia es efectivamente testimonio inspirado de la experiencia del acontecer de Dios, experiencia actual vivida en el seno de las comunidades creyentes que entran en referencia existencial al acontecimiento histórico del pueblo escogido y de Jesús, en perfecta continuidad con ese acontecer que así perdura y percute el tiempo. De tal forma que:

— no se evoca ni se lee la Biblia, sino que *se está* en ella, y se entra hoy en el acontecer concreto del pueblo de Dios asumido en su totalidad histórica, dejándonos alcanzar por él y por «nuestros padres», para recibir así la misma Gracia salvadora continuando a la vez la Historia y gracias a esta continuidad activa;

— y la Biblia es vivida, pues, mucho más como «sacramento de presencias (la primera presencia la del Señor, el mismo Señor)» que como mensaje o fuente de mensajes (que, evidentemente, brotan con la riqueza inagotable de la Sabiduría pero que no son la perspectiva primordial de la experiencia bíblica). Como sacramento —decimos— de la comunión —de la inserción— y de la realización continuada de una historia en la que entramos y por la que somos sobrecogidos y salvados.

Lo cual confiere al encuentro con la Biblia en la catequesis otro tipo de dinámica pedagógica radicalmente distinto del análisis y comprensión de un texto (que ni siquiera sabemos si procede «presentar» en el acto catequético cuando somos sensibles a posibles violaciones de lo sagrado).

No apuntan hacia esta pedagogía los análisis del documento.

Comprendemos las dificultades que entraña una orientación de este tipo (presente ya en la Iglesia), pero lamentamos que apenas se deje el camino abierto para esta experiencia bíblica primordial.

3ª) Por otra parte, y volviendo al tema para nosotros central y normativo de la teología y pedagogía del Signo de Dios, la Biblia o es encontrada como sorpresa real de Dios hoy y ayer o se nos pierde en cuanto a su gracia propia.

Y es que la entraña y la dinámica propias de ese acontecer perenne que llamamos Biblia es su ser signo, signo de Dios, y no concebimos que pueda ser inicialmente vivida de otra forma, que exista otro cauce de penetración en el misterio bíblico de Dios.

Dios irrumpe en la historia y para la eternidad sorprendiendo poderosamente al hombre. Este carácter de sorpresa vital es la condición prevista y querida por Dios —a lo largo de toda la historia salvífica, desde hoy hasta el ayer de Abrahán— para introducir al hombre en la relación salvífica: para que se detenga en su camino (que siempre suele ser «otro»), para admirarle y seducirle dentro de su propia interioridad, para hacerle intuir presencias y fuerzas inefables, para no hacerle sentirse fuera de su contexto humano, y para invitarle con fuerza al diálogo.

Por esta razón, y supuesta la fe y las consideraciones anteriores, no cabe para nosotros otro afrontamiento de la Escritura en la Catequesis (cuando esto suceda) que el que lleva a la visión del Signo, del acontecer de Dios como Signo para sí y para la comunidad creyente, desde hoy hasta la comunidad escribiente y hasta la comunidad abordada por el acontecer primitivo.

Este afrontamiento supone unas tensiones precisas, delicadas, que tipificamos con el nombre de exégesis antropológica y de hermenéutica teologal existencial, conceptos que no es aquí el momento de describir (pero que están suficientemente desarrollados en estudios como los de Dom Mathieu, J. Pierre Bagot, René Marlé, etc.).

De nuevo reconocemos las dificultades digamos «técnicas» que estos planteamientos parecerían ofrecer... La práctica real del catecumenado nos lleva a pensar, sin embargo, que estas dificultades se diluyen cuando el camino es justo y acertado entre los creyentes de buena voluntad iniciados al respeto profundo del misterio bíblico y contrarios a toda superficialidad y manipulación del hecho bíblico. Precisamente iniciar en esta pedagogía y en la visión que sostenemos del «sacramento bíblico» es el objeto de la paulatina iniciación al Misterio de la Biblia, que es el Misterio de Dios con nosotros. No se trata de otra cosa.

Desde estas perspectivas, ¿cómo no sentirnos lejos o defraudados de los análisis que nos ofrece el documento que comentamos? Nada de este planteamiento a nuestros ojos esencial parece constar en el tratamiento de la Biblia que se hace en él.